

Alejandrina Falcón
Universidad de Buenos Aires - CONICET
alejafal@gmail.com

Debates sobre las lenguas americanas en la revista *Sur* (1931-1945)

Resumen: En el presente trabajo se analiza un conjunto de artículos referidos al tema de la lengua en América publicados en la revista *Sur* entre los años 1931 y 1945. Nuestro propósito es demostrar que las diversas representaciones de la lengua plasmadas en ellos se encuadran en el tópico de la integración cultural americana presente en los primeros números de esta revista y se vinculan asimismo con el papel que el grupo *Sur* atribuye a las minorías letradas en la defensa de la cultura en el ámbito nacional e internacional.

Palabras Clave: americanismo - debates sobre la lengua - revista *Sur*

Abstract: This study analyzes a set of articles concerning the issue of language in the Americas published in the journal *Sur* between 1931 and 1945. Our purpose is to show that the different representations of language portrayed in them fall under the topic of American cultural integration present in the first issues of this journal, linked also to the role that the *Sur* group attributed to the literate minorities for the defense of culture in the national and international spheres.

Keywords: Americanism - language polemics - *Sur* journal

"Palabras francesas, entonces y siempre. Helas aquí confundidas con el olor del alquitrán, de la lana, el ruido de las tijeras, los gritos de los peones. Esas exclamaciones sólo las percibía como un género especial de mugidos."

V. Ocampo, *"Palabras francesas"*

"Estamos haciendo de esa lengua de negros, mulatos, italianos, franceses, españoles, holandeses, indios y portugueses un instrumento literario de una nobleza y una belleza extraordinarias."

J. Amado, *"Liberación lingüística de la literatura brasileña"*

La representación de la lengua –de la lengua propia o ajena, de la propia que es ajena, o a la inversa–, así como el sentido, el destino y la función que se le adjudica, no es, por cierto, un tema menor en *Sur*. Nuestro propósito es analizar un conjunto de artículos referidos al tema de las lenguas americanas publicados en la revista *Sur* entre los años 1931 y 1945. Nos proponemos dar cuenta del contenido de dichos artículos partiendo del supuesto según el cual todos estaban encuadrados en el tópico de la integración cultural americana presente en los primeros números de *Sur*. Pues, si bien es cierto que el carácter fragmentario de la percepción de lo americano está en el origen de la consabida necesidad de recurrir a lenguas y culturas foráneas con el propósito de incorporar los materiales considerados faltantes, tanto a través de la importación de intelectuales como del vasto proyecto de traducciones llevado adelante por la editorial de Victoria Ocampo¹, también es cierto que paralelamente se imponía la necesidad de discutir el problema de las lenguas americanas y, en el plano nacional, definir cuál habría de ser el modelo válido de lengua meta y cuáles sus portavoces o usuarios legitimados. Nuestra hipótesis es, pues, que las representaciones de la lengua presentes en los artículos seleccionados se vinculan tanto con el mencionado proyecto de unión cultural americana como con el papel que *Sur* atribuye a las minorías letradas en la defensa de la cultura en el ámbito nacional e internacional. Es decir que dichas representaciones de la lengua establecerían un vínculo relevante con la afirmación según la cual “en el corazón de la ideología del grupo *Sur* [anida] la convicción de que el mantenimiento de los valores culturales era responsabilidad de unas minorías selectas, alejadas de los espacios de poder” y que “para encontrar la *voz propia* es indispensable mantener una relación activa con todo el ámbito americano y con Europa; es necesaria una *mediación* para interpretar lo mejor de la cultura moderna y esa tarea está *reservada a ciertos grupos especiales de personas*” (Gramuglio, 2001: 345). Por tal motivo, sostenemos que, pese a su brevedad, el corpus seleccionado refleja momentos fundamentales de la discusión en torno a las diversas manifestaciones del problema de la lengua en ese período, y que asimismo pone de manifiesto de manera ejemplar las tensiones existentes entre las diversas valoraciones que por esos años se hicieron del español americano, de la norma hispánica, de la lengua nacional, de las lenguas extranjeras e indígenas, así como de la función de las instituciones educativas y del campo editorial en la difusión o refacción de estas lenguas, concebidas siempre como valiosos medios de comunicación, unión, integración y aproximación de las diversas naciones y culturas continentales. Nuestro objetivo, en suma, es tra-

tar de determinar si tras la aparente heterogeneidad de estos artículos, inherente al carácter colectivo de la revista, puede o no desentrañarse cierta coherencia dialogante en la diversidad de representaciones de la lengua plasmadas en ellos.

En un primer momento, nos centraremos en las posiciones de Amado Alonso y Américo Castro, pues a partir de ellas se desarrolló la polémica que marcó la última etapa de un largo debate sobre el “idioma de los argentinos”², aquella que se generó entre los dos máximos representantes españoles del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y el escritor argentino Jorge Luis Borges. En un segundo momento, procuraremos vincular este debate con otra serie de artículos referidos a la cuestión de las lenguas americanas. Por último, analizaremos algunos artículos dedicados al problema del portugués.

Los artículos considerados en la primera etapa de nuestro análisis son: “El problema argentino de la lengua” y “Porvenir de nuestra lengua” de Amado Alonso, publicados en los n° 6 y n° 8 respectivamente; y “Las alarmas del doctor Américo Castro” de Jorge Luis Borges, publicado en el n° 86. Aquellos que analizaremos en una segunda etapa son: “Debates sobre temas sociológicos: Relaciones interamericanas”, publicado en el n° 72, y “Debates sobre temas sociológicos: ¿Tienen las Américas una historia común?”, publicado en el n° 86. En la tercera etapa, abordaremos: “Sobre la reforma de la ortografía portuguesa” de Alfonso Reyes, publicado en el n° 6; “El divorcio lingüístico de nuestra América” de Gabriela Mistral, publicado en el n° 46, y “La liberación lingüística de la literatura Brasileña” de Jorge Amado, publicado en el n° 89.

1. El “problema argentino” de la lengua

Entre las décadas del treinta y del cuarenta, se publican en Buenos Aires dos textos clave en el debate sobre el “idioma de los argentinos”: *El problema de la lengua en América* (1935), de Amado Alonso, cuyo primer capítulo anticipa *Sur* en 1932 –es decir, tres años antes de la aparición del libro en cuestión– bajo el título “El problema argentino de la lengua”; y *La peculiaridad lingüística rioplatense* (1941), de Américo Castro, ante cuyas posiciones reacciona Borges en “Las alarmas del doctor Américo Castro”, reseña publicada en el n° 86 de la revista³.

A continuación, desarrollamos las ideas centrales del artículo “El problema argentino de la lengua” de Amado Alonso⁴, a fin de mostrar que su temprana inclusión en la revista de Victoria Ocampo estaría

directamente vinculada con la función que el grupo *Sur* atribuía a las minorías letradas en la defensa de la cultura⁵ y con el debate que promovía en torno a la integración cultural de las Américas.

En este extenso artículo, Amado Alonso se propone defender la unidad cultural del área hispanoamericana promoviendo la unidad de las prácticas lingüística⁶. A tal fin, procede a desmontar desde una perspectiva “científica” la existencia de una lengua argentina (Bentivegna, 1999: 140): “Un idioma *nacional* literario –escribe Alonso en *Sur*–, independiente del castellano general, sería un contrasentido, no sólo por motivos prácticos de conveniencia, sino por razones *teóricas* y de *conocimiento*”. En efecto, según Alonso, “la lengua literaria [...] tiene una mayor independencia temporal que la común, así también tiende a independizarse de la sujeción geográfica. Su afán es de universalidad”.

Alonso plantea, pues, una confrontación entre dos clases de actitudes lingüísticas: la universal, o modelo de la norma, y la local, o principio de anomia. Y afirma que a medida que se desciende en la escala social, la lengua tiende a dialectalizarse, a atomizarse, pues manifestaría una visión de mundo localista o “espíritu de campanario”. Correlativamente, a medida que se asciende en la escala social, predominan las formas cultas, ligadas a la lengua general propia del espíritu de “universalidad” de las elites letradas y cosmopolitas⁷: “Enseguida se ve –dice Alonso– que el *espíritu de universalidad* predomina en la lengua de la literatura y que el *espíritu de campanario* se va afirmando a medida que se desciende por las capas culturales de cada país, de modo que las más numerosas y hondas diferencias entre el habla de Buenos Aires, Lima, Méjico y Madrid están en las clases más incultas”. Por consiguiente, la lengua literaria debe ser, en la visión de Alonso, el modelo de lengua común que garantice la unidad del ámbito hispanohablante: “Si la lengua literaria rechaza ciertos elementos idiomáticos de la lengua hablada es porque de algún modo repugnan a su espíritu de universalidad, porque se le aparecen como peculiarismos *geográficos* y sobre todo *sociales*, y, por tanto, como *limitaciones*”.

Por lo demás, la lengua literaria también es garante de la transmisión de una *tradición común*, que estaría más allá de las contingencias socio-históricas y geográficas, en especial por la pervivencia de arcaísmos y otras formas expresivas menos determinadas espacio-temporalmente. Por ende, cuanto más solidaria sea la lengua literaria con esa tradición lingüística culta, tanto más cercana estará del punto máximo de universalidad que, a juicio de Alonso, asegura la homogeneidad y la unidad cultural hispanoamericana: “La riqueza y dominio de la lengua literaria depende, de un lado, del grado con que *se vive solidariamente*

esa tradición, y, de otro, de los aportes sucesivos con que los estilos individuales la van continuando, teniendo en cuenta que un elemento de estilo –expresión de lo diferencial e individual– se torna lengua en la medida que se hace tradicional (convencional)”.

La oposición estilo-lengua permite introducir la posibilidad de *intervención subjetiva* en el devenir de la lengua y el *dirigismo lingüístico* propuesto en este texto (Di Tullio, 2004). Al respecto, Diego Bentivegna señala que “en la medida en que el sujeto se inserta en el lenguaje como productor, las prácticas lingüísticas devienen prácticas responsables y con consecuencias culturales inmediatas” (1999: 142). Ahora bien, ¿dónde es preciso intervenir, según Alonso? En el habla porteña. En efecto, el problema lingüístico de Buenos Aires radica en sus tendencias disolventes, originadas en el “castellano precario y defectuoso” hablado por sus habitantes y en el consecuente relajamiento de la norma fundada en un uso lingüístico culto, preservado gracias a “la vigilia de los mejores”. ¿Cuál es el origen histórico y social de estas tendencias disgregantes? La inmigración. En efecto, los inmigrantes hablan mal, los hijos de inmigrantes hablan mal: “*Todo depende de esta realidad social*: que Buenos Aires está formado en su mayoría por extranjeros y por hijos de extranjeros [...]. El resultado es un empobrecimiento y rebajamiento del habla urbana, cuyos rasgos sociales principales son éstos: indulgencia para la impericia y sentido hiperestesiado de la afectación”. Con claridad se observa, pues, que la dimensión social del fenómeno lingüístico nacional es clave en la interpretación que los miembros de la elite letrada hacen del “problema” en cuestión.

En efecto, el proceso de movilidad social ascendente ha trastocado las jerarquías sociolingüísticas y ha permitido el acceso de sectores procedentes de la inmigración a puestos directivos públicos y aun académicos⁸. Aquello que más alarma a Alonso no es tanto que “el aluvión de humanidad heterogénea” hable mal, sino que esté “en todas partes”. Esto se manifiesta reiteradamente en el texto: “Porque no es que los extranjeros venidos en aluvión *formen la masa de los artesanos y de los sirvientes*, sino que están también en todos los puestos directivos de la sociedad de donde suele emanar la norma. Ellos y sus hijos son Buenos Aires”. Así, “la gente de educación idiomática deficiente” ocupa espacios públicos desde los cuales difunden un modelo de lengua que la elite considera plebeyo. Buenos Aires constituye, entonces, un foco de “espíritu de campanario” que amenaza con “engringarse” al punto de perder todo contacto con la lengua general: ni siquiera se trataría de una nacionalización, sino de una desnacionalización de la lengua: “Buenos Aires –reitera Alonso– ha estropeado y *desnacionaliza-*

do la lengua culta de su propio país, la *lengua digna* que se transparenta en la prosa de Sarmiento, de Avellaneda, de Echeverría. ¿De qué sirve que unas cuantas *familias tradicionales* hayan heredado aquel hablar, mejorado hoy parcialmente, si eso no es más que una exigua *minoría perdida en el maremágnum* –grande y confuso– de Buenos Aires?”. La “única posible salvación”, según Alonso, es “desengringar” la lengua porteña en vías de dialectización. Este “higienismo” lingüístico debe ser implementado por los sectores cultos y, sobre todo, por aquellos que disponen y controlan los medios materiales pasibles de difundir la norma culta y la lengua general.

Esta idea la desarrolla Alonso en un artículo publicado en *Sur* y titulado “El porvenir de nuestra lengua”: “Mientras el intercambio de libros y de prensa periódica no se suprima, seguirá la lengua literaria siendo una constante invitación recíproca entre la Argentina y las demás repúblicas hispánicas, a mantener la continuidad de un mismo ideal de lengua”. La revista *Sur* habría de ser, precisamente, una de esas empresas con alcance continental, capaz de difundir una lengua de cultura tendiente a mantener la homogeneidad cultural y lingüística hispanoamericana.

Ahora bien, el diagnóstico general de Amado Alonso sobre el español hablado y escrito en Buenos Aires era muy similar al que algunos años después plasmaría Américo Castro en su libro del año 1941: rasgos de desorden y “desquiciamiento” del idioma rioplatense; superabundancia de extranjeros y escasez de minorías directivas; consecuente ruptura con la tradición idiomática hispanoamericana⁹. Contra esta posición reacciona Borges en “Las alarmas del doctor Castro”, reseña de *La peculiaridad lingüística rioplatense* publicada en el n° 86 de *Sur*¹⁰. Para situar el contenido del ataque borgeano a la obra del eminente filólogo español, puede ser conveniente retrotraerse al texto “El idioma de los argentinos” escrito por Borges en el año 1927, pues en términos generales su crítica está enmarcada en una distinción ya establecida en dicho texto: “Dos influencias antagónicas entre sí –dice Borges– militan contra un habla argentina”: la primera es la de la tendencia “seudo plebeya” y la segunda la de los “castizos o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción”. Bien conocida es la posición de Borges ante el casticismo y su desprecio, matizado en “El escritor argentino y la tradición” pero aún virulento en “El idioma de los argentinos”, por la tradición literaria española: “El común de la literatura española fue siempre fastidioso. [...] Difusa y no de oro es la mediocridad española de nuestra lengua”. En cuanto al tema del arrabalero, Bor-

ges afirma que “no hay dialecto general de nuestras clases pobres. El arrabalero no lo es”, pues habría “demasiados contrastes [en el arrabal] para que su voz no cambie nunca”. La pobreza léxica que le atribuye es explicada del siguiente modo: “Esa indigencia es natural, pues el arrabalero no es sino decantación o divulgación del lunfardo, [...] tecnología de la furca y la ganzúa”, y concluye: “Imaginar que esa lengua técnica puede arrinconar al castellano es como traseñar que el dialecto de las matemáticas o de la cerrajería puede ascender a único idioma”. Por lo demás, anticipando los temores de disgregación lingüística de Alonso y Castro, Borges plantea la imposibilidad de “desertar la universalidad del idioma” alegando que “el pueblo no necesita añadirse color local”. De tal modo, si el pueblo no habla lunfardo ni “arrabalero”, entonces no sería tal el peligro de dialectización de la lengua general, dadora de norma culta literaria y modelo de ejemplaridad idiomática, peligro que Alonso veía encarnado en las clases bajas y medias de origen inmigratorio. No obstante, Borges añade otro argumento respecto de la lengua que habla “el pueblo”, un argumento similar al de “la ausencia de camellos en el Corán”: “El simulador trasueña que lo precisa [el color local], y es costumbre que se le vaya la mano en la operación”. Esto es precisamente aquello que, según Di Tullio, le reprocha a Castro en su reseña de 1941: no haber sabido reconocer la “operación” estética plasmada en el corpus “literario” que Castro utiliza para apoyar su hipótesis sobre un “problema” del habla rioplatense y justificar la consecuente denuncia de un proceso de corrupción del idioma: “No le bastó –escribe Borges en 1941– observar un ‘desbarajuste lingüístico’ en Buenos Aires: aventura la hipótesis de ‘lunfardismo’ y de la ‘mística gauchófila’. [...] No sospecha que tales ejercicios son caricaturales”. Al igual que en “El idioma de los argentinos”, en “Las alarmas del doctor Castro”, Borges vuelve a negar la existencia de “jergas rioplatenses”: “No hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos”. Éste es un punto clave. Hasta aquí, podríamos decir que la polémica entre Borges y Castro se dirime en cierto modo en planos diferentes, levemente desfasados, pues Borges plantea el problema en clave estética y literaria, pero Castro y Alonso ahondan en cuestiones sociales, o sociolingüísticas, y proponen una intervención activa: un saneamiento lingüístico capaz de reponer las jerarquías sociales de cuyo “desbarajuste” procede la corrupción de la lengua. Borges, en cambio, elude toda valoración directa del “habla del pueblo”, como él la denomina, aunque cuestiona la operación de aquellos escritores que pretenden introducirla

en el habla culta. No obstante, lo que sí se perfila con claridad es un conflicto de legitimidad, es decir, la necesidad de definir quién es autoridad en materia de lengua. Al respecto, Ángela Di Tullio e Ivonne Bordelois plantean, en “El Idioma de los Argentinos: Cultura y Discriminación”, que “el alcance de este episodio es más amplio que el de una despiadada argumentación *ad hominem* dentro del consabido antihispanismo de Borges: en realidad, se trata de una polémica en la que están involucradas dos formaciones intelectuales opuestas”¹¹.

Ahora bien, al corpus de Castro, Borges opone otra tradición literaria nacional, la de aquellos que escribieron en el “tono” de los argentinos: “Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. [...] Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia. Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde”. Porque lengua y patria no pueden pensarse separadamente, el objetivo no puede ser “españolarse o [asumir] un español gaseoso, abstraído, *internacional*, sin posibilidad de patria ninguna”. ¿Cuál sería, entonces, la especificidad del habla argentina? “¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación? Yo le respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria”.

Así pues, Borges no se opone a la necesidad de trascender una sesgada visión nacionalista del lenguaje literario (si bien, da un apoyo circunstancial al nacionalista lingüístico Vicente Rossi¹²), sino que niega ante todo el hecho de que la tradición a reivindicar deba ser aquella heredada de España. Por el contrario, en el texto antes analizado, Amado Alonso hace hincapié en la tradición hispanoamericana como elemento central en la transmisión de una lengua literaria general, consideración que ilustra con el trágico caso de Victoria Ocampo: según él, aquellos que dieron la espalda a la tradición literaria española no han podido hacer de esa lengua un instrumento del espíritu¹³. Para Borges, en cambio, la tradición a reivindicar es aquella del “Escritor argentino y la tradición”, donde postula que “nuestra tradición es toda la cultura occidental”. En este sentido, es interesante el llamado de atención de Nora Catelli sobre la no-originalidad de este argumento borgeano: otros miembros de *Sur*, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, estarían en el origen de este planteo¹⁴.

2. El debate sobre las lenguas americanas

En “La cuestión americana en ‘El escritor argentino y la tradición’”, Nora Catelli sitúa el conocido argumento borgeano en un marco más amplio, pues incorpora a Pedro Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes como enunciadores primeros de la idea. Este antecedente revelaría una suerte de horizonte de enunciación ligado al peculiar contexto de la vida cultural americana del período: “Durante años cruciales de la historia europea –dice Catelli–, entre 1930 y 1945 [...], se señaló una vía verosímil por la cual las Américas hubiesen debido hacerse el centro irradiante de la tradición occidental”, y añade que, entre los años 1930 y 1950, América debió “realmente parecer un espacio común de lenguas de intercambio y no de exclusión” (Catelli, 2004: 30). Este planteo puede corroborarse en especial en dos de los grandes debates sobre las relaciones americanas publicados en *Sur*, bajo el título “Debates sobre temas sociológicos”. En el primero de ellos, “Debates sobre temas sociológicos: Relaciones interamericanas” ocurrido el 7 de agosto de 1940 y publicado en el n° 72 de la revista, Germán Arciniegas expone la necesidad de una unión americana ante la grave situación europea: “Frente al derrumbamiento que se está produciendo del mundo europeo, sabemos que es urgente que esta masa continental se convierta, en realidad, en un continente”, posición corroborada por Alberto Erro cuando afirma el poder aglutinante del peligro presente: “Circunstancia histórica que favorece la formación de la conciencia del continente. (No olvidamos que hoy también América se halla ante la certidumbre de un peligro común)”. Ahora bien, dicho debate comienza con la intervención de Edith Helman, quien de entrada sitúa los términos restringidos en los que habrán de plantearse las formas de intervención destinadas a promover la unidad continental y evitar el peligro del nacionalismo en América: se trata de pensar cuáles puedan ser los medios más eficaces para fomentar las *relaciones culturales* entre los países. Helman propone básicamente multiplicar los intercambios académicos, promover buenas traducciones, entre otras posibilidades; Erro menciona la necesidad de desarrollar las comunicaciones, pues sostiene que Europa es un continente en virtud del poder aglutinante o unificador de la cultura europea, y plantea asimismo que, a diferencia de Europa, no hay tal unidad continental americana, pese a la unidad de lengua, que da por sentada: “Europa es un continente gracias a la comunidad de cultura, a la comunidad de civilización, y a que las comunicaciones, el intercambio, están perfectamente organizadas para hacer de Europa un continente. El problema de América son las comunicaciones deficientes. La idea de continentalidad puede surgir

obedeciendo a causas o a circunstancias completamente diferentes del conocimiento recíproco”; por el contrario, Germán Arciniegas sugiere la necesidad de ahondar dicho conocimiento recíproco, pues esto permitiría, por ejemplo, dar a conocer la cuestión indígena y así ampliar la visión de lo americano: “Yo tengo la seguridad –dice el escritor– de que el *conocimiento* aclara una gran cantidad de errores, y presenta un *panorama totalmente distinto* [...] del que habitualmente se imaginaría. Hay muchos individuos que se han formado la idea de que, al llegar a una ciudad del Pacífico, por ejemplo, van a encontrar [...] un *lenguaje perfectamente español*; y de pronto se encuentran con pueblos de indios, que ni siquiera hablan el español, pues todavía conservan sus *idiomas primitivos*”; se trata de aquello que Ureña llama la América hispano-indígena: “La América hispano-indígena, la América central comienza en Córdoba, allí ya estamos en otra América que no es la América de Buenos Aires, de Rosario, de Montevideo. Es otra cosa: ya abunda el tipo mestizo; ya el modo de ser de la gente es muy distinto; el *modo de hablar, entonación y vocabulario*”. Estas posiciones darán lugar, hacia el final del debate, a una discusión con Amado Alonso sobre indigenismo y aprismo, en la que Alonso propondrá una solución similar a aquella que imaginada para los problemas argentinos: ya no se trataría de “desengringar” al inmigrante, sino de “desindigenizar” al indio para darle la cultura y la civilización blanca.

Este primer debate, orientado a pensar soluciones de orden cultural que permitan concretizar esa visión de América que Catelli planteaba como horizonte del período, y hacer de ella ese “espacio común de lenguas de intercambio y no de exclusión”, dará lugar a otro debate igualmente importante para este análisis: “Debates sobre temas sociológicos: ¿Tienen las Américas una historia común?”, llevado a cabo el 13 de octubre de 1941 y publicado en el n° 86 de la revista. Allí las referencias al papel de las lenguas se tornan ya más concretas e incluyen claras y diversas propuestas de acción sobre, y a partir de, las lenguas. La primera propuesta es de Roger Caillois.

En efecto, Roger Caillois propone una unión panamericana; su visión podría situarse dentro de lo que se ha dado en llamar la “visión integradora” (Gramuglio, 2001: 98), es decir, una visión americanista que imagina fusiones entre América del norte y América del sur, obviando en cierto modo las desigualdades y la violencia de una sobre otra –detalle esencial que, como veremos a continuación, Ureña se encargará de señalarle–. En el plano de la lengua, la viabilidad de esta unión estaría asegurada, para Caillois, por el hecho de que América es un continente de lenguas extendidas, que, a su juicio, no impiden el conocimiento

mutuo ni las comunicaciones, lo cual implicaría a su vez una solución de síntesis a los escollos vislumbrados por Arciniegas y Erro en el debate antes analizado. Para promover esa unión panamericana, Caillois propone una política educativa de enseñanza bilingüe, pues la solidaridad continental “se encuentra reforzada por el estado lingüístico: en Europa, los idiomas coinciden más o menos con las naciones. El idioma es, por lo tanto, un principio de nacionalidad. En América hay muchos menos idiomas que Estados. El idioma, pues, no es un elemento de incompreensión o de separación. Una de las medidas más eficaces para fortificar la unidad panamericana sería, sin duda, hacer obligatorio el estudio del inglés en la América latina e, inversamente, hacer obligatorio el español en los Estados Unidos y Canadá. Cada cual, entonces, hablaría las *dos* lenguas de civilización de América”. Y salva el problema flagrante de la existencia de otras lenguas habladas en el continente, por ejemplo, la del Brasil, añadiendo: “pues los brasileños entienden el español, *aunque* hablen portugués, y los canadienses, aun los que hablan francés comprenden el inglés”. Con relación a la tradición, señala lo siguiente: “En América la idea de nación se encuentra desprendida de todo carácter tradicional y hereditario. Las diferencias territoriales no encubren, como en otras partes, oposiciones religiosas, ni rivalidades históricas, ni diferencias lingüísticas”. Lo cual dejaría abiertamente de lado la extensión de las lenguas originarias de uso corriente, aunque no consideradas literarias, en países como Perú, Bolivia, Paraguay, entre otros. Toda su alocución evidencia una necesidad argumental de borrar las diferencias lingüísticas reales, tanto en lo relativo a las ya mencionadas lenguas originarias cuanto en lo referente al portugués, interesante caso que analizaremos al final de este trabajo. Por consiguiente, el correlato lingüístico de esta “visión integradora”, que no tiene en cuenta las diferencias vinculadas con el poder relativo de las potencias en juego, pareciera ser el aplanamiento de las diferencias reales y del estatus diferenciado de todas las lenguas presentes en el continente, cuya ausencia en el discurso es síntoma de su posición de lenguas dominadas en la escena continental.

Ahora bien, la visión integradora y su aparente correlato de aplanamiento de las diferencias lingüísticas reales no es la única perspectiva americanista presente en *Sur*¹⁵. Al término de la intervención de Caillois, Pedro Henríquez Ureña señala que, si bien valora su idea de las semejanzas y aun la posibilidad sugerida por él de que la unidad de las Américas no esté fundada en un panamericanismo de origen político, pese a todo no comparte su optimismo: “Con relación a las similitudes que ha indicado Caillois, el problema es si esas unidades

básicas pueden sobreponerse a las diferencias entre dos Américas que están separadas políticamente y en aspectos de su cultura”, y añade: “Caillois consideraba que era posible una especie de unidad, sobre la base de que toda la América latina aprendiera inglés y toda la América de habla inglesa aprendiera el castellano. Eso, indudablemente, sería un acercamiento grande; pero quedan muchas otras cosas. Quizás, ante todo, es la *diferencia de poder* lo que salta a los ojos y para muchos es como una *barrera*. Hay, después, diferencias de tradición”. Ureña destaca asimismo el obstáculo de las diferencias lingüísticas reales en el continente: “Es curioso –dice– que, por ejemplo, el Brasil, *cuya lengua apenas se distingue del español* [...], a pesar de eso, se mantenga separado de la América de habla castellana *solamente por esa pequeña diferencia*. El ningún trabajo que nos tomamos cuando vamos al Brasil para hablar portugués se traduce en el ningún trabajo que hacemos por leer portugués. *De ahí que, en muchos sentidos, el Brasil permanezca ignorado por la América española*. Y, sin embargo, las semejanzas del Brasil con el resto de la América latina –es decir, con la América de habla española– son muy grandes”. Aquí también puede leerse el tópico del “Brasil ignorado”¹⁶ y la continua importancia que, discursiva pero no prácticamente, se otorga al portugués en los discursos sobre la unión americana hasta el día de hoy (Arnoux; Bein, 1999: 15).

Ahora bien, la intervención de Germán Arciniegas es aún más radical en cuanto al carácter constitutivo, para la creación de una identidad americana, que asigna a las diferencias existentes tanto en el interior de América como con relación a Europa. Niega categóricamente la existencia de una unidad lingüística continental, recusando así las posiciones de Erro y Caillois: “A mi modo de ver, la cultura europea, al trasladarse a América, ha sufrido una variación fundamental por efecto del factor geográfico. Tomemos el caso del idioma. Yo uso las palabras que figuran en el Diccionario de la Academia Española. Más o menos construyo la misma gramática. Pero es obvio que cuando yo hablo no estoy hablando ‘español’. Y no estoy hablando en español porque les doy a las palabras un sentido, un color, un vida diferentes, que son resultado de haber vivido en suelo distinto, y de haber vivido en este suelo mis padres, y de haber vivido en este suelo mis abuelos; usando todos el mismo idioma, pero dándole una *acento distinto*. Además *no encontramos una unidad de idioma* en América, como no existe unidad de idioma en Europa”. En este punto, creemos ver alguna similitud con la hipótesis borgeana según la cual la especificidad del habla rioplatense radicaría en un matiz de diferenciación “lo bastante discreto para no entorpecer

la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria". Y Arciniegas añade: "No solamente hay inglés y castellano, sino también el portugués, el francés y las lenguas indígenas que subsisten y que tienen importancia. Pero a través de todas esas lenguas, ya se encuentra el principio de una cultura diferente, que se está formando y que está indudablemente influida por lo que es América". La importancia de esta argumentación radica en que la evaluación de *las diferencias no es en absoluto negativa, sino que por el contrario constituyen la condición de posibilidad de lo americano*¹⁷: "Una sólida cultura americana es darle todo su valor al hecho americano. No desestimar la cultura europea, que sería una cosa pueril y ridícula. [...] Yo también creo que de todas esas cosas, de estos *malos libros* que escribimos, de este *mal castellano que empezamos a conjugar*, puede algún día resultar algo que contribuya auténticamente a engrandecer la cultura de América". En cuanto a la tradición a seguir, en cuanto a la mirada válida sobre la tradición europea, su planteo también pareciera coincidir con el de Borges en "El escritor argentino y la tradición". No se trata de incorporar ciegamente los materiales: el gesto mismo de selección e interpretación del material europeo es en sí un gesto de autonomía, constituye la especificidad del ser americano y pronto habrá de originar una tradición auténtica. El hecho de ver los fenómenos universales a través del espíritu americano ya es una cultura: "Y nosotros para hacer una cultura americana –dice Arciniegas– también los emplearemos; pues es obvio: uno no puede desdenar jamás la cultura europea ni renunciar a ella". En este sentido, se opone a la creación de lenguas nacionales, cortadas de cuajo de toda raíz hispánica, pero a la vez presenta esa continuidad como un uso, como un capital de partida: "Nosotros cometeríamos un error fundamental si, por ejemplo, renunciáramos al idioma castellano y resolviéramos hacer un nuevo idioma. No, no podría ser. Y si nosotros tomamos el idioma castellano como propio y nos *servimos* de él, es porque, naturalmente, la historia no desperdicia las adquisiciones anteriores. Uno no puede desperdiciar jamás la cultura europea, y tendrá que *aprovecharse* de ella para hacer su propio mundo". Así pues, la diferencia, la falla a la norma, el "mal uso" de la lengua –"ese *mal castellano que empezamos a conjugar*", que desde otra posición también menciona Ocampo en "Palabra francesas"– pareciera ser, a diferencia de lo que planteaban Alonso y Castro, la condición de posibilidad para la conformación de una identidad cultural y lingüística propias.

3. La “barrera” del portugués

En casi todos los artículos analizados, es llamativa y recurrente la representación del portugués como una “lengua que *apenas* se distingue del español”, pero que pese a todo permanece inexplorada por el mundo hispanoamericano y, como tal, constituye un escollo en el proyecto de unión cultural americana. En este apartado, nos proponemos analizar someramente qué estrategias discursivas se implementan y qué prácticas se proponen a fin de “aventar” esa barrera de la diferencia lingüística con Brasil, lamentada, por algunos; minimizada, por otros, (“la *superstición* de las lenguas diferentes”, dirá Mistral), cuando no claramente ausente del discurso, es decir, negada, tal como hemos podido ver en algunas intervenciones ya reseñadas. Nuestro objetivo es analizar tres artículos específicamente dedicados a la lengua portuguesa: 1) “Sobre la reforma de la ortografía portuguesa”, de Alfonso Reyes, publicado en el año 1931; 2) “El divorcio lingüístico de nuestra América” de Gabriela Mistral, publicado en nº 46; y 3) “La liberación lingüística de la literatura brasileña” de Jorge Amado, publicado en el nº 89, año 1942.

En su nota intitulada “Sobre la reforma de la ortografía portuguesa”, del año 1931, Alfonso Reyes informa que la Academia de Ciencias de Lisboa y la Academia Brasileña de Letras realizaron de común acuerdo una reforma ortográfica destinada a simplificar la escritura de la lengua portuguesa para acercarla más a su fonética. Reyes señala, asimismo, que las modificaciones han generado cierta resistencia de las fuerzas conservadoras: “las costumbres individuales y los generales hábitos de la imprenta”. Tal como planteaba Amado Alonso, Reyes pone de manifiesto la función destacada de los medios editoriales en la difusión de la norma. Sin embargo, en ese constante proceso natural de simplificación de la lengua, generado más allá “del dictamen de los gramáticos”, esos medios de difusión de la norma aún aparecen como fuerzas conservadoras, ya que pese a todo “el corrector de imprenta, guardián de las normas, todavía se opone”. Pero, en Hispanoamérica, estos medios de difusión no sólo aparecen como un factor de conservación de la antigua norma, sino incluso como factor de anarquía normativa: “En las imprentas de Hispanoamérica, o no existe el corrector profesional o tiene menos autoridad de especialista que la que todavía conserva en España. El resultado de ello es cierta anarquía en la acentuación y en la puntuación, que reflejan más directamente el modo de escribir del autor”. Sin embargo, la falta de profesionalización en las imprentas no es el único factor de anarquía: “A veces, la anarquía va un poco más allá, *protegida por las peculiaridades del habla americana*, y

sobre todo en los periódicos que se componen a toda prisa". Así pues, variedades regionales, medios masivos modernos y no-profesionalización atentan contra la unidad del idioma en una norma común (no estamos tan lejos de las preocupaciones de Alonso con relación al "escritor-masa" que difunde un español corrompido). Tras este comentario sobre las reformas ortográficas del castellano, digresión que le permite introducir su propia visión de la situación lingüística del español americano, Reyes enuncia las reformas ortográficas operadas en el portugués y orientadas a la mayor conformidad con la verdadera lengua hablada. *¿Para qué?* Básicamente, para destacar que gracias a ella la lengua portuguesa se ha acercado a la castellana y que, por tanto, se ha dado un paso en la unión de las Américas: "Como quiera, el paso está dado, y es un paso de aproximación. La red invisible de la lengua -una lengua, sin embargo, *tan cercana y tan parecida a la nuestra*- ha resultado una telaraña de acero lo bastante resistente para contribuir con eficacia a mantener la unidad de este inmenso continente, metido dentro del otro: la nacionalidad brasileña. Acabada ya la formación del pueblo, la primera evolución nacional, la red se afloja ahora lo bastante para volverse permeable". Y, en última instancia, la cuota de diferencia irreductible es atenuada al representar la heterogeneidad como riqueza: "El contacto con el habla portuguesa abre canales de connotación que el tiempo comenzaba azolvar, y desyerba algunas veredas olvidadas de la sintaxis".

En "El divorcio lingüístico de nuestra América", también Gabriela Mistral habría de aportar su visión sobre la situación del portugués y proponer posibles soluciones a este nuevo "problema", que ella planteará en términos de un desconocimiento, cortadura o divorcio históricos entre Brasil y la América española. Mistral hace un alegato en favor del reconocimiento del portugués: "señalar con la mano leal hacia un vacío fabuloso, hacia un enorme ángulo muerto de nuestro trabajo de americanidad". Lo primero que denuncia es la falta de políticas lingüísticas por parte del Estado o de las instituciones públicas del Brasil: "No ha tenido su campeón entre nosotros, iberoamericanos, la lengua portuguesa; no ha habido, que yo sepa, ni de la parte de Portugal ni de la del Brasil, una política del idioma, como lo hacen Alemania, Francia e Italia en nuestra América española". Esta falta de política lingüísticas es leída como una falla en el proyecto panamericano: "No se ha considerado como una faena profunda que es preciso emprender ésta de la vinculación lingüística de las mitades de la América del Sur y no le hemos dado categoría seria dentro de nuestro trabajo internacional". Para solucionar esta falla, Mistral propone una intervención desde el estado

y el mercado, es decir, políticas educativas y editoriales: 1) incorporación del portugués en las instituciones educativas y 2) necesidad de desarrollar un mercado del libro adecuado.

En cuanto al campo editorial, destaca su papel fundamental en la difusión de la lengua brasileña y en la circulación de su literatura; en lo relativo a las instituciones educativas, Mistral señala, por un lado, la necesidad de crear una cátedra estable en la universidad: "Los vínculos literarios piden la continuidad, la cotidianidad y la vertebración. Por ser cada literatura un organismo viviente. Requiere un lugar de irradiación que sea tan noble como estable, desde la cátedra", y, por otro, subraya el interés de incorporar la enseñanza de la lengua brasileña en los colegios secundarios. En este punto, Mistral se sorprende de que la enseñanza del italiano, lengua inmigratoria, se privilegie por sobre la enseñanza del portugués, siendo que Brasil es una "nación [que] tiene cuarenta y ocho millones de hombres, y que el territorio que ocupa es mayor que el nuestro. Y resulta además que este pueblo brasileiro posee una literatura cuando menos equivalente a la nuestra, a la cual dejamos sin expansión natural dentro de la América Hispánica". Objeta, pues, la necesidad de la enseñanza del italiano, dato relevante si consideramos que en nuestro corpus son escasas las menciones explícitas a las lenguas de la inmigración: "El aprendizaje más llano de un idioma colateral para la criatura de habla española es el portugués y no el italiano [...] que se enseña en nuestras escuelas secundarias. Mi extrañeza es la de que, al declararse el italiano lengua válida para algunos bachilleratos hispano-americanos, no se haya incorporado al portugués en la regalía mencionada".

Por último, el artículo "Liberación lingüística de la literatura brasileña" fue publicado en febrero de 1942, en el n° 89 de *Sur*, una de "las plataformas de construcción de las alianzas americanistas" de Jorge Amado durante su exilio en Buenos Aires (Sorá, 2006: 59). La intervención de Jorge Amado y su posición sobre la lengua está legitimada por su condición de representante e intérprete de su cultura en las páginas de *Sur*. Esta legitimidad previa hace de él una voz autorizada y quizá explique la presencia en la revista de una posición lingüística tan radical como la suya –franco anti-academicismo, rechazo de la norma culta, reivindicación de la mezcla, de la oralidad heteróclita, popular y nacional como modelo de lengua literaria–, tan contraria a las posiciones de otras voces autorizadas como fueron Alonso y Castro, y menos afín al papel que *Sur* atribuye a la elite letrada en la difusión de la norma culta ejemplar. En efecto, en este artículo Jorge Amado plantea tres cuestiones contrarias al elitismo lingüístico de los filólogos españoles valorados en

la revista: 1) necesidad de una liberación lingüística total respecto de la norma peninsular portuguesa, 2) valoración del aporte lingüístico indígena e inmigratorio, y de todas las lenguas y dialectos que confluyen en la nueva lengua del Brasil, 3) inversión de la dirección de la influencia de la norma en la lengua literaria: es imperioso hacer del habla nacional, del habla del pueblo, un “noble instrumento literario”.

En primer lugar, Jorge Amado señala la existencia en Brasil de una forma de diglosia, que a su juicio también existiría en las naciones hispanoamericanas: “Los escritores brasileños hablaban en la lengua del pueblo del Brasil y escribían en la lengua del pueblo de Portugal. Esa incoherencia me parece que todavía existe en toda América española”. Ahora bien, es muy interesante la explicación que Jorge Amado da de este fenómeno de diglosia, pues la vincula, no con el papel conservador adjudicado a una elite culta, sino con el problema de la profesionalización del escritor y la consolidación del mercado editorial en Latinoamérica: “El problema de que los escritores escribieran en una lengua que no hablan –dice Jorge Amado– puede encontrar una explicación en un hecho económico. La verdad es que esos escritores no tenían ningún contacto con el pueblo del Brasil, casi no eran leídos en el país, eran editados (no existía en el Brasil una verdadera y fuerte industria editorial) en Portugal”. Es decir, el problema es que la falta de mercado editorial para una literatura escrita en la lengua local había cortado la literatura nacional de sus lectores naturales, a saber, los hablantes nativos cuya lengua oral comparten los escritores¹⁸. Por lo demás, hace una clara crítica a la legitimidad de la Academia a la hora de regular la lengua literaria: “Los académicos, claro está, cultivaban lo castizo del idioma. Nadie leía a los académicos”, contrariamente a los escritores que “escribían en la lengua hablada por el pueblo; lejos de [...] las palabras difíciles, las construcciones gramaticales perfectas, la preocupación estilística sobre bases consagradas”.

Por último, al reivindicar un modelo de lengua literaria nacional, Jorge Amado también reconoce la importancia del aporte multilingüe –sustrato indígena, lenguas inmigratorias– en la constitución de una lengua multidialectal y popular en el Brasil, e incluso afirma que esa multiplicidad constitutiva habría enriquecido la lengua común y, tras un largo proceso literario detallado en ese artículo, la ha vuelto literariamente más maleable: “Nosotros tenemos un idioma mezclado y... bellissimo. Estamos haciendo de esa lengua de negros, mulatos, italianos, franceses, españoles, holandeses, indios y portugueses un instrumento literario de una nobleza y una belleza extraordinarias”.

Notes

1. En su artículo "La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*", Beatriz Sarlo afirma que "la ideología cultural argentina históricamente se ha planteado dos tareas contradictorias: construir una cultura que pueda pensarse 'nueva', 'original' y 'argentina' o 'americana'; construirla a partir del reconocimiento de lo que somos (*en la escucha de la lengua*, de la historia), pero también a partir de la conciencia del carácter incompleto y fragmentario de esos materiales", pp. 262-263.
2. Di Tullio plantea que "el fin de la polémica sobre la cuestión del idioma quizá deba atribuirse a los cambios que se habían producido en la Argentina de la época: ya no existían referentes del 'otro' que la hicieran urgente" en: *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Bs. As., EUDEBA, 2004, p. 222.
3. J. King señala que el marco cultural del período estaba signado por tres cuestiones centrales: el nacionalismo cultural, el problema de la inmigración y la cuestión de la profesionalización del escritor. Estos ejes recorren los artículos que vamos a analizar. Y el debate Alonso-Castro-Borges puede ser considerado un episodio de esa discusión mayor: "La cuestión del nacionalismo en literatura se convertía en una de las principales preocupaciones de la historia cultural argentina y *Sur* sería parte fundamental de este enconado debate"; con respecto a la presencia de académicos en sus páginas, dice: "El escritor profesional y el académico profesional habían surgido para ocupar parte del terreno que antes fue prerrogativa de la oligarquía", lo cual se refleja en la composición de *Sur*: "uniría viejas familias con profesionales y académicos". En: *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, FCE, 1989, pp. 19-26.
4. Para abordar este texto, nos basamos en el esclarecedor análisis de Diego Bentivegna en "Amado Alonso y Américo Castro en Buenos Aires: entre la alteridad y el equilibrio", en: Elvira Narvaja de Arnoux y Roberto Bein (comp.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
5. Véase de María T. Gramuglio "Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*", *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica literarias* n° 7, 1999.
6. Es preciso aclarar que Alonso no niega las "variedades" de lengua, pero considera que "variedad no es escisión". En este sentido, en "La lengua como conflicto: prescripción y estandarización en la historia del español en la Argentina", Imelda Blanco afirma que "el criterio de Alonso para la conformación del *modelo de ejemplaridad* del español resulta así un modelo cercano al actual del estándar pluricéntrico; cercano en tanto el autor no se atiene al criterio tradicional de monocentrismo [...], sino que concibe una categoría más general y globalizadora [...], como es un tipo de lengua en constante evolución". En: Elvira Narvaja de Arnoux y Roberto Bein (comp.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999, p. 103.
7. Al respecto, confirma Bentivegna: "Con esta distribución espacial verticalizante, la lengua adquiere una clara estructuración jerárquica y valorativa: arriba está la claridad del buen uso universalizante" (1999: 143).
8. Véase González Leandri, "La nueva identidad de los sectores populares", en: A. Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, *Nueva historia argentina Tomo VI*, Buenos aires, Sudamericana, 2001.

9. El análisis de Castro coincide con el de Alonso, pero añade un ítem de su propia cosecha que quizá explique la virulencia de los ataques que por entonces sufrió, pues involucra a los mismos “nativos”: más grave que “la inyección de extranjerismo plebeyo en el habla porteña” ha sido el hecho de que nadie luchara contra ello. La causa es histórica y radicaría en un espíritu argentino previo a la inmigración ya caracterizado por el no-reconocimiento de la jerarquía y de la norma, cuyo correlato lingüístico sería, por ejemplo, el predominio del plebeyo “voseo”. En: *La peculiaridad lingüística rioplatense*, Taurus, Madrid, 1960, p. 28.
10. Esta reseña demoledora mereció, a su vez, una respuesta de desagravio por parte de Amado Alonso, publicada en el número siguiente: “A quienes leyeron a Jorge Luis Borges, en *Sur*, n° 86”.
11. Ángela Di Tullio e Ivonne Bordelois, “El Idioma de los Argentinos: Cultura y Discriminación”, en: <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v06/bordelois.html>
12. Véase J.L. Borges; Reseña de Vicente Rossi, *Idioma nacional rioplatense*, Folletos lenguaraces, n° 6 en: Revista *Síntesis*, Año 2, n° 18, noviembre de 1928.
13. Al respecto, véase el artículo de V. Ocampo, “Palabras francesas”, publicado en el n° 3 de *Sur*: “El español era un idioma impropio para expresar lo que no constituía el lado puramente material, práctico, de la vida; un idioma en que resultaba un poco ridículo expresarse con exactitud –esto es, matiz-. [...] En nuestro caso debemos tener en cuenta, por añadidura, una especie de desdén latente hacia lo que venía de España. [...] Si yo no hubiera sido esencialmente americana yo no habría hablado un español empobrecido, impropio para expresar todo matiz y no me habría negado al español de ultramar”.
14. Según Nora Catelli, en “El descontento y la promesa”, Pedro Henríquez Ureña sugiere que el nacionalismo lingüístico redobla la dificultad de una reivindicación, en el marco de la modernidad, de un elemento supranacional como *el castellano continental* que permita la construcción de una expresión propia. Reconoce, pues, una diferencia específica de la lengua en América: “No hemos renunciado a escribir en español y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualdo”. Henríquez Ureña, Pedro, “El descontento y la promesa”, en: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, BABEL, 1928, p. 21.
15. Sarlo señala la existencia de una perspectiva americana menos optimista y más atenta a la “desigualdad esencial de los americanos respecto de los centros europeos de producción cultural”. En: “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*”, Altamirano y Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
16. Aquello que Gustavo Sorá en su libro *Traducir el Brasil* denomina la “fórmula Mérou”: “Un esquema de pensamiento que atraviesa la historia cultural argentina y postula el ‘desconocimiento del Brasil’ al tiempo que impulsa acciones para revertir tal situación”. En: *Traducir el Brasil*, Buenos Aires, Zorzal, 2003 p. 21.
17. Cf. E. Arnoux y R. Bein, *op.cit.*, p.14: “Junto con la conformación de las naciones fueron constituyéndose una o diversas variedades propias del castellano, que, por lo demás, no coinciden exactamente con las fronteras políticas. La inmigración sobre todo la italiana, dejó huellas fonéticas suprasegmentales y léxicas en la variedad rioplatense; las lenguas aborígenes contribuyeron al fondo léxico”.

18. Gustavo Sorá afirma que “la persecución sobre Jorge Amado fue reiterada, y a mediados de 1937 inició un exilio que apagó el tono político de sus discursos y reorientó sus energías hacia alianzas a nivel *americano*”, y asimismo comenzó a mostrarse interesado por la profesionalización del escritor.

Bibliografía general

1. Artículos de *Sur*

a. Primera parte:

ALONSO, Amado, “El problema argentino de la lengua”, en: *Sur*, n° 6.

ALONSO, Amado, “Porvenir de nuestra lengua”, en: *Sur*, n° 8.

BORGES, Jorge Luis, “Las alarmas del doctor Américo Castro”, en: *Sur*, n° 86.

b. Segunda parte:

AAVV, “Debates sobre temas sociológicos: Relaciones interamericanas”, en: *Sur*, n° 72.

AAVV, “Debates sobre temas sociológicos: ¿Tienen las Américas una historia común?”, en: *Sur*, n° 86.

c. Tercera parte:

REYES, Alfonso, “Sobre la reforma de la ortografía portuguesa”, en: *Sur*, n° 6.

MISTRAL, Gabriela, “El divorcio lingüístico de nuestra América”, en: *Sur*, n° 46.

AMADO, Jorge, “Liberación lingüística de la literatura portuguesa”, en: *Sur*, n° 89.

2. Bibliografía crítica

BORGES, Jorge Luis, “El idioma de los argentinos”, en: J. L. Borges y José Edmundo Clemente, *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, EMECÉ, 1996.

BORGES, Jorge Luis, “El escritor argentino y la tradición”, en: *Obras completas I*, Bs. As., EMECÉ, 1998.

CASTRO, Américo, *La peculiaridad lingüística rioplatense*, Taurus, Madrid, 1960.

BENTIVEGNA, Diego, “Amado Alonso y Américo Castro en Buenos Aires: entre la alteridad y el equilibrio”, en: Elvira Narvaja de Arnoux y Roberto Bein (comp.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

CATELLI, Nora, “La cuestión americana en ‘El escritor argentino y la tradición’”, en: *L’Écrivain argentin et la tradition*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004.

DI TULLIO, Ángela, *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 2004.

DI TULLIO, Ángela y Ivonne Bordelois, “El Idioma de los Argentinos: Cultura y Discriminación”, en: <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v06/bordelois.html>

- GRAMUGLIO, María Teresa, "Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*", *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica literarias* n° 7, 1999.
- GRAMUGLIO, María Teresa, "Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura", en Sylvia Saítta (dir.), *El oficio se afirma*, tomo 9 de Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*.
- GRAMUGLIO, María Teresa, "Posiciones, transformaciones y debates en La literatura", en: Cattaruzza, Alejandro, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, *Nueva historia argentina Tomo VI*, Buenos aires, Sudamericana, 2001.
- GRAMUGLIO, María Teresa, "*Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural", en *Punto de vista*, n° 7, 1983.
- GRAMUGLIO, María Teresa, "*Sur* en la década del treinta: una revista política", *Punto de vista*, n° 28, 1986.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, "El descontento y la promesa", en: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, BABEL, 1928, pp. 11-35.
- KING, John, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, FCE, 1989.
- NARVAJA DE ARNOUX, Elvira y Roberto Bein (comp.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*, EUDEBA, 1999.
- SARLO, Beatriz, "La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*", en: Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- SARLO, Beatriz, "Oralidad y lenguas extranjeras. El conflicto en la literatura argentina durante el primer tercio del siglo xx" en: Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- SORÁ, Gustavo, *Traducir el Brasil*, Buenos Aires, Zorzal, 2003.
- SUR*, colección, 1931-1984.
- SUR*, *Índice 1931-1966*, Nos. 303, 304, 305, noviembre de 1966-abril de 1967.
- WARLEY, A. Jorge, *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*, Buenos Aires, CEAL, 1985.